

Romeo y Julieta

William Shakespeare

PERSONAJES

1. BENVOLIO. ÁLVARO SILES.
2. MERCUCIO. SEBASTIÁN STIRLING.
3. TEBALDO. ALEJANDRO VEGA.
4. ROMEO. CAMPOS ROCHA.
5. PRIMER CIUDADANO. ESCALANTE.
6. PRÍNCIPE. ADRIÁN FLORES.
7. LADY CAPULETO. MILENA FERNÁNDEZ.
8. MONTESCO. FRANCISCO LUIS.

Acto tercero

Escena I

(Una plaza pública.)

(Entran MERCUCIO, BENVOLIO, un paje y criados)

BENVOLIO. Por favor, amigo Mercucio, retirémonos. El día está caliente, los Capuletos en la calle, y si llegamos a encontrarnos, será inevitable una contienda; pues con los calores que hacen, bulle la irritada sangre.

MERCUCIO. Te pareces a esos hombres que al entrar en una taberna nos sueltan la tizona sobre la-mesa, diciendo: *¡Dios haga que no te necesite!*; y que, a efecto del segundo vaso, la tiran contra el sirviente, cuando, en verdad, no hay para qué.

BENVOLIO. ¿Me parezco a esa gente?

MERCUCIO. Vamos, vamos, tú, de natural, eres un pendenciero tan fogoso como no le hay en Italia; una nada te provoca a la cólera y, colérico, una nada te vuelve provocador.

BENVOLIO. ¿Y a qué viene eso?

MERCUCIO. Vaya, si hubiera dos de tu casta, en breve los echaríamos de menos; pues uno a otro se matarían. ¡Tú! Tú la emprenderías con un hombre por llevarte un pelo de más o de menos en la barba], le armarías contienda por estar partiendo avellanas, sin haber más razón que el ser de éstas el color de tus ojos. ¿Quién, sino un ente igual, se fijara en un pretexto semejante? La cabeza se halla tan repleta de insultos, como lo está un huevo de sustancia; y eso que, a causa de riñas, está ya cascada, como un huevo vacío. ¿No has buscado disputa a un hombre porque tosiendo en la calle despertaba a tu perro, que dormía al sol? ¿No la emprendiste contra un sastre porque llevaba su casaca nueva antes de las fiestas de Pascuas, y con otro porque una cinta vieja ataba sus zapatos nuevos? Y sin embargo, en lo de evitar cuestiones, ¿quieres ser mi preceptor?

BENVOLIO. Si yo fuera tan dado a pelear como tú, el primer venido podría comprar las mansas redituaciones de mi vida por el precio de un cuarto de hora.

MERCUCIO. ¿Las mansas redituaciones? ¡Qué manso!

(Entran TEBALDO y otros.)

BENVOLIO. ¡Por mi vida! Ahí llegan los Capuletos.

MERCUCIO. ¡Por mis pies! Poco me da.

TEBALDO. Seguidme de cerca, pues voy a hablarles. -Salud, caballeros; una palabra a uno de vosotros.

MERCUCIO. ¿Una palabra a uno de nosotros? ¿Eso tan sólo? Acompañadla de algo; palabra y golpe a la vez.

TEBALDO. Bien dispuesto me hallaréis para el caso, señor, si me dais pie.

MERCUCIO. ¿No podéis tomarlo sin que os lo den?

TEBALDO. Mercucio, tú estás de concierto con Romeo.

MERCUCIO. ¡De concierto! ¡Qué! ¿Nos tomas por corchetes? Si tales nos haces, entiende que sólo vas a oír disonancias. Mira mi arco, mira el que te va a hacer danzar. ¡De concierto, pardiez!

BENVOLIO. Estamos discutiendo aquí en medio de una plaza pública; retirémonos a algún punto reservado, o razonemos tranquilamente sobre nuestros agravios. De no ser así, dejemos esto; en este lugar todas las miradas se fijan en nosotros.

MERCUCIO. Los hombres tienen ojos para mirar; que nos miren pues. Yo, por mi parte, no me muevo de aquí por complacer a nadie.

(Entra ROMEO.)

TEBALDO. En buen hora, quedad en paz, caballero. He aquí a mi mozo.

MERCUCIO. Pues que me ahorquen, señor, si lleva vuestra librea. Marchad el primero a la liza, y a fe, él irá tras vos: en este sentido puede llamarle mozo vuestra señoría.

TEBALDO. Romeo, el odio que te profeso no me permite otro mejor cumplido que el presente. -Eres un infame.

ROMEO. TEBALDO, las razones que tengo para amarte disculpan en alto grado el furor que respira semejante saludo. No soy ningún infame: con Dios pues. Veo que no me conoces.

TEBALDO. Mancebo, esto no repara las injurias que me has inferido; por lo tanto, cara a mí y espada en mano.

ROMEO. Protesto que jamás te he ofendido, sí que te estimo más de lo que te es dable imaginar, mientras desconozcas la causa de mi afección. Así, pues, bravo Capuleto -poseedor de un nombre que amo tan tiernamente como el mío- date por satisfecho.

MERCUCIO. ¡Oh! ¡Calma deshonrosa, abominable humildad! A lo espadachín se borra esto.

(Desenvaina.)

Tebaldo, cogedor de ratas, ¿quieres dar unas pasadas?

TEBALDO. ¿Qué quieres conmigo?

MERCUCIO. Buen rey de gatos, tan sólo una de tus nueve vidas, para envalentonarme con ella y después, según te las manejes conmigo, extinguir a cintarazos el resto de las ocho. ¿Queréis empuñar el acero y sacarlo de la vaina? Despachad, o si no, antes que esté fuera, os andará el mío por las orejas.

TEBALDO *(desenvainando.)*

A vuestra disposición.

ROMEO. Buen Mercucio, envaina la hoja.

MERCUCIO. Ea, señor, vuestra finta.

(Se baten.)

ROMEO. Tira la espada, Benvolio; desarmémosles. -Por decoro, caballeros, evitad semejante tropelía

-TEBALDO -Mercucio El príncipe ha prohibido expresamente semejante tumulto en las calles de Verona. -Deteneos,

TEBALDO; -¡Buen Mercucio!

(TEBALDO y los suyos desaparecen.)

MERCUCIO. ¡Estoy herido! ¡Maldición sobre las dos casas! ¡Muerto soy!
- ¿Se ha marchado con el pellejo sano?

ROMEO. ¡Qué! ¿Estás herido?

MERCUCIO. Sí, sí, un rasguño, un rasguño; de seguro, tengo bastante.
¿Dónde está mi paje? -Anda, belitre, trae un cirujano.

(Vasa el paje.)

ROMEO. Valor, amigo; la herida no puede ser grave.

MERCUCIO. No, no es tan profunda como un pozo, ni tan ancha como una puerta de iglesia; pero hay con ella, hará su efecto. Ven a verme mañana y me hallarás hombre-carga. Créemelo para este mundo, estoy en salsa. - ¡Maldición sobre vuestras dos casas! ¡Pardiez un perro, una rata, un ratón, un gato, rasguñar un hombre a muerte! ¡Un fanfarrón, un miserable, un bellaco que no pelea sino por reglas de aritmética! ¿Por qué diablos viniste a interponerte entre los dos? Por debajo de tu brazo me han herido.

ROMEO. Creí obrar del mejor modo.

MERCUCIO. Ayúdame, Benvolio, a entrar en alguna casa, o voy a desmayarme. - ¡Maldición sobre vuestras dos casas! Ellas me han convertido en pasto de gusanos. -Lo tengo, y bien a fondo. -¡Vuestra parentela!

(Vanse MERCUCIO y BENVOLIO.)

ROMEO. Por causa mía, este hidalgo, el próximo deudo del príncipe, mi íntimo amigo, ha recibido esta herida mortal; mi honra está manchada por la detracción de TEBALDO, ¡de TEBALDO, que hace una hora ha emparentado conmigo! ¡Oh, querida Julieta! Tu belleza me ha convertido en un ser afeminado, ha enervado en mi pecho el vigoroso valor.

(Vuelve a entrar BENVOLIO.)

BENVOLIO. ¡Oh! ¡Romeo, Romeo, el bravo Mercucio ha muerto! Esta alma generosa ha demasiado pronto desdeñado la tierra y volado a los cielos.

ROMEO. El negro destino de este día a muchos más se extenderá: éste solo inaugura el dolor, otros lo darán fin.

(Entra de nuevo TEBALDO.)

BENVOLIO. Ahí vuelve otra vez el furioso TEBALDO.

ROMEO. ¡Vivo! ¡Triunfante! ¡Y Mercucio matado! ¡Retorna a los cielos, prudente moderación, y tú, furor de sanguínea mirada, sé al presente mi guía! Ahora, TEBALDO, recoge para ti el epíteto de *infame*, que hace poco me diste. El alma de Mercucio se cierne a muy poca altura de nosotros, aguardando que la tuya le haga compañía. O tú o yo, o los dos juntos tenemos que ir en pos de ella.

TEBALDO. Tú, miserable mancebo, que eras de su partido en la tierra, irás a su lado.

ROMEO. Esto lo va a decidir.

(Se baten. Cae TEBALDO.)

BENVOLIO. ¡Huye, Romeo, ponte en salvo! El pueblo está en alarma, Tebaldo matado. Sal del estupor: el príncipe va a condenarte a muerte si te cogen. ¡Parte, huye, sálvate!

ROMEO. ¡Oh! ¡Soy el juguete-de la fortuna!

BENVOLIO. ¿Por qué estás aún ahí?

(Vase ROMEO.)

(Entran algunos CIUDADANOS.)

PRIMER CIUDADANO. ¿Qué rumbo ha tomado el que mató a Mercucio? TEBALDO, ese asesino ¿por dónde ha huido?

BENVOLIO. Tebaldo, Tebaldo yace ahí.

PRIMER CIUDADANO. Alzad, señor, seguidme; os requiero en nombre del príncipe; obedeced.

(Entran el PRÍNCIPE y su séquito, MONTESCO, CAPULETO, las

esposas de estos últimos y otros.)

PRÍNCIPE. ¿Dónde están los viles autores de esta contienda?

BENVOLIO. Noble príncipe, yo puedo relatar todos los desgraciados pormenores de esta fatal querrela. Ése que veis ahí, muerto a manos del joven Romeo, fue el que mató al bravo Mercucio, tu pariente.

LADY CAPULETO. ¡Tebaldo, mi primo! ¡El hijo de mi hermano!
¡Doloroso cuadro! ¡Ay! ¡La sangre de mi caro deudo derramada!
-Príncipe, si eres justo para con nuestra sangre, derrama la sangre de los MONTESCOs. - Oh, primo, primo!

PRÍNCIPE. Benvolio, ¿quién dio principio a esta sangrienta querrela?

BENVOLIO. El que muerto ves ahí, TEBALDO, acabado por la mano de Romeo. Romeo le habló con dulzura, le suplicó que pesase lo fútil de la cuestión, le hizo fuerza también con vuestro sumo coraje. Todo esto, dicho en tono suave, con mirada tranquila, en la humilde actitud de un suplicante, no consiguió aplacar la indómita saña de TEBALDO, que, sordo a la paz, asesta el agudo acero al pecho del bravo Mercucio: éste, tan lleno como él de fuego, opone a la contraria su arma mortífera, y con un desdén marcial, ya aparta de sí la muerte con una mano, ya la envía con la otra a TEBALDO, cuya destreza la rechaza a su vez. Romeo grita con fuerza: *¡Deteneos, amigos! ¡Amigos, apartad!* y con brazo ágil y más pronto que su palabra, dando en tierra con las puntas homicidas, se precipita entre los contendientes; pero una falsa estocada de TEBALDO se abre camino bajo el brazo de Romeo y acierta a herir mortalmente al intrépido Mercucio. El matador huye acto continuo; mas vuelve a poco en busca de Romeo, en quien acababa de nacer el afán de venganza, y uno y otro se embisten como un relámpago: tan es así, que antes de poder yo tirar mi espada para separarlos, el animoso TEBALDO estaba muerto. Al verle caer, su adversario escapó. Si ésta no es la verdad, que pierda la vida Benvolio.

LADY CAPULETO. Es pariente de los MONTESCOs, el cariño le convierte en impostor, no dice la verdad. Como veinte de ellos combatían en este odioso encuentro, y los veinte juntos no han podido matar sino un

solo hombre. Yo imploro justicia, príncipe; tú nos la debes. Romeo ha matado a TEBALDO, Romeo debe perder la vida.

PRÍNCIPE. Romeo mató a TEBALDO, éste mató a Mercucio: ¿quién pagará ahora el precio de esta sangre preciosa?

MONTESCO No Romeo, príncipe; él era el amigo de Mercucio. Toda su culpa es haber terminado lo que hubiera extinguido el ejecutor: la vida de TEBALDO.

PRÍNCIPE. Y por esa culpa, le desterramos inmediatamente de Verona. Las consecuencias de vuestros odios me alcanzan; mi sangre corro por causa de vuestras feroces discordias; pero yo os impondré tan fuerte condenación que a todos os haré arrepentir de mis quebrantos. No daré oídos a defensas ni a disculpas; ni lágrimas, ni ruegos alcanzaran gracia; excusadlos pues. Que Romeo se apresure a salir de aquí, o la hora en que se le halle será su última. Llevaos ese cadáver y esperad mis órdenes. La clemencia que perdona al que mata, asesina.

(Vanse todos.)